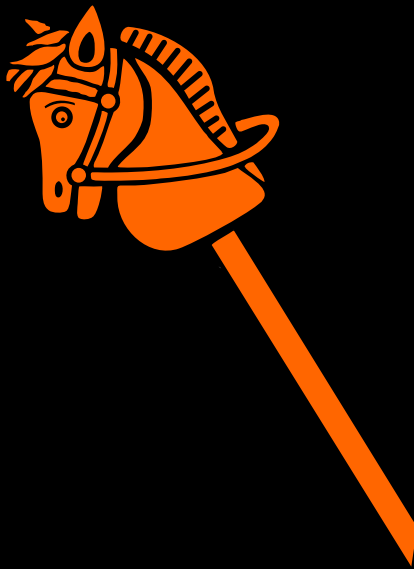


RAQUEL ROBLES

# PEQUEÑOS COMBATIENTES



novela

# Pequeños combatientes

RAQUEL ROBLES



A la memoria de mis padres.

A la memoria de mis tíos.

A Juan, por esa noche en la que me leyó este  
libro de un solo aliento para que pudiera  
escuchar mi propia voz. Por el resto de las noches  
y los días en los que me amó. Y por haberme  
dado la consigna más subversiva que escuché en  
toda mi vida: descansá.

Para Mariano, el único compañero en la guerra  
popular prolongada de mi infancia.

...los corazones de los niños son unos órganos muy  
delicados. Una entrada dura en la vida puede  
dejarlos deformados de mil extrañas maneras. El  
corazón herido de un niño se encoge a veces de tal  
forma que queda ya para siempre duro y áspero  
como el carozo de un durazno. O, al contrario, es  
un corazón que se ulcera y se hincha hasta  
volverse una carga penosa dentro del cuerpo, y  
cualquier roce lo oprime y lo hiere.

CARSON McCULLERS

Cuando culmine el proceso revolucionario  
argentino, se iluminará el aporte de cada episodio  
y ningún esfuerzo será en vano, ningún sacrificio  
estéril, y el éxito final redimirá todas las  
frustraciones.

JOHN WILLIAM COOKE

Mi voluntad erró su blanco y olvidé lo uno en  
contra de mi voluntad, mientras quería olvidar  
lo otro.

SIGMUND FREUD

## CAPITULO 1

---

Yo sabía que estábamos en guerra, que había habido alguna clase de combate y que ellos estarían en alguna prisión helada peleando por sus vidas. Sabía que me tocaba resistir. Después me desconcertó mucho que no hubiera habido ni un solo tiro. Que el “se los llevaron” no estuviera tan errado, que no fuera una especie de clave para nombrar una balacera tremenda, horas de combate para luego rendirse ante la desigualdad de recursos, sino una realidad: habían venido a mi casa, muchos, es cierto, había habido gritos, desorden, horas de interrogatorio, y luego se los habían llevado. Mi abuela me decía que había sido así porque mis padres habían querido protegernos. Eso siempre me pareció totalmente ridículo: si nosotros éramos combatientes, si estábamos preparados para un momento así, sabíamos qué hacer, cuándo escondernos, cuándo correr, cuándo llorar. Sabíamos que teníamos que ser fuertes, sabíamos las cosas que podían pasar. Despertarse a la mañana y ver a mi abuela desencajada, tratando de ordenar la casa con su cuerpo enorme y disfuncional, repitiendo entre ahogos “se los llevaron, se los llevaron”, fue horrible. ¡Ellos habían luchado durante la noche y yo había estado durmiendo! ¡Qué ser humano puede tener el sueño tan pesado!

Durante mucho tiempo creí que me habían golpeado la cabeza y me había desmayado. Mi hermano era un bebé, un inocente lleno de rulos que usaba chupete, era lógico que hubiera estado durmiendo, o se hubiera quedado calladito del terror. Pero yo... Seguramente me habían asestado un golpe y había perdido la memoria, y mi abuela, pobrecita, me contaba esa otra historia para no traumatizarme. Por años la dejé repetirme ese cuentito, porque por sobre todas las cosas quería que ella creyera que me estaba ayudando. Cuando me pareció que tenía edad suficiente como para que me viera como un interlocutor menos frágil le pedí que me dijera de una vez la verdad. Y la verdad pareció ser esa: nada de balas, nada de barricadas, nada de granadas ni armas largas. Mis padres, los combatientes, convertidos en dos vecinos, un matrimonio, un hombre y una mujer, encapuchados, subidos a los empujones a un Falcon verde oliva. Me costó mucho reponerme de esa imagen. Noches de insomnio tratando de decodificar el cambio de estrategia. Hasta que entendí: era el *súmmum* del camuflaje, había que disimular, pasar por gente común, por víctimas de un atropello. Entonces dejé de hablar de táctica y estrategia, dejé de preguntar por los compañeros de mis padres, dejé de entrenar a mi hermano todas las tardes, y me dediqué a disimular. Mi abuela se alivió bastante. Mis tíos dejaron de rom-

perme las pelotas con los psicólogos y los estúpidos de mis compañeritos de la escuela compraron el personaje sin cuestionar nada. Durante meses enteros estuve buscando entre la gente a alguien como yo, porque debía estar lleno de compañeros disimulados entre los civiles. Cuando mis padres todavía luchaban en la superficie, había una cantidad de compañeros que parecía infinita. Dónde estaban todos esos que habían ido a la Plaza de Mayo, dónde estaban los que venían a casa y llenaban todas las habitaciones de ruidos, de risas, de discusiones a los gritos. Dónde estaban los que poblaban los campamentos y los Encuentros Nacionales. En algún lado debían estar. Escondidos, disimulados entre la gente como yo, evidentemente. Mi hermano se resintió mucho con el abandono del entrenamiento. Lloraba, decía que yo ya no lo quería, hasta se enfermó. Entonces me vi obligada a compartir con él mi secreto, a pesar de que me parecía demasiado pequeño para entender nada. Lo llevé al fondo de la casa de mis tíos, donde estaba lleno de cañas. Lo hice agachar hasta quedar totalmente disimulado entre los yuyos. No porque nos fuera a ver alguien, sino para que comprendiera lo secreto del asunto. Entonces le expliqué todo. Él me miraba con esos ojos verdes tan hermosos, esos ojos que cuando me miraban era como si estuviera frente a mi mamá, el mismo color, la misma forma de concentrarse hacia adentro cuando miraban fijo. Al principio creí que era un error, que lo estaba asustando innecesariamente, que iba a ir corriendo a contarle a mi abuela, que se iba a largar a llorar y que yo no

iba a saber cómo consolarlo. Pero después, a pesar de que lloró, y me abrazó tan fuerte que temí que se me cayeran las lágrimas a mí también, descubrí que el compañero que había estado buscando había estado todo el tiempo ahí. Era chiquito, parecía más indefenso que un animalito enjaulado, pero también era fuerte, entendía todo, se aliviaba de darle un sentido a estar viviendo en esa casa, con esos tíos mayores, con una abuela a quien sólo se le iluminaba la mirada cuando nos veía, pero el resto del tiempo lloraba estrujando un pañuelito, mirando por la ventana, y con otra que parecía estar más allá de todo lo que nos estaba pasando. Así que volvimos a los entrenamientos, pero ahora en la clandestinidad. No le contamos a nadie, aunque no fue muy difícil que no nos viera nadie: hasta las diez de la noche, cuando mis tíos volvían de hacer lo que fuera que hicieran en el mundo exterior, estábamos con una señora que nunca salía al patio, con mi abuela que alternaba entre llorar contra el vidrio de la ventana y mirar la televisión y con la otra abuela que usaba unos zapatos enormes y decía cosas locas.

Una vez estuvimos a punto de ser descubiertos, pero nos salvamos.

En esa época mi hermano ya estaba en preescolar y yo en la escuela. El jardín de infantes quedaba al lado de la escuela primaria. Las dos instituciones estaban separadas por un paredón



de unos dos metros. Cada recreo mi hermano y yo, que nos extrañábamos horriblemente, nos dábamos cita. Él se subía al trepador —ese juego que consiste en distintas maneras de subirse a una especie de mirador, para luego bajar por un tobogán— y yo me ponía a cierta distancia del paredón para verlo. Nos la pasábamos hablando a los gritos, hasta que tocaba el timbre de mi escuela y yo me tenía que ir al aula.

Si bien seguíamos muy conectados yo ya no podía supervisarlos todo el tiempo, así que él empezó a trabajar solo, por las suyas. Cuando me quise acordar ya había armado el Ejército Infantil de Resistencia. Eran un grupo pequeño pero fuerte. Mi hermano era el Comandante, por supuesto —siempre tuvimos pasta de líderes los dos, no por nada teníamos la mejor educación política de todos los niños de nuestra área— y habían pensado una estrategia defensiva para cuando fuéramos atacados por el Enemigo. Como digo, no todos los niños habían sido tan bien educados como nosotros, y uno del grupo le contó a sus padres con orgullo su nuevo “juego”. Los alarmados padres fueron a hablar al jardín y la directora —que si bien no sabía exactamente qué les había pasado a mis padres, sabía lo suficiente como para aceptar anotarnos sin ninguna documentación— llamó a los tíos. Todos estaban muy alarmados. Yo también, para ser honesta. Lo tuve encerrado a mi hermano durante una tarde entera explicándole que teníamos que ser muy cuidadosos, que todavía no había llegado el momento, que había que elegir bien a los compañeros, que no fuera inor-

gánico, que hasta que volvieran nuestros padres la Comandante era yo y que era muy antirrevolucionario no acatar órdenes de nuestros líderes. Él se enojó, después lloró ante la mención a mis padres, me exigió que le dijera cuándo se iba a producir la tan esperada vuelta a la normalidad —yo no tenía datos, en eso estaba tan a oscuras como él—, pero al final entendió y se calmó. Tuvimos que trazar un nuevo plan. Le anticipé que vendrían otra vez a la carga con los psicólogos y le expliqué que nuestros tíos no lo hacían por maldad sino por ignorancia. Le pedí que fuera fuerte, que resistiera y que si se veía en problemas les pidiera a mis tíos y a la psicóloga —siempre eran psicólogas, como las maestras, no había hombres en esos rubros— que yo lo acompañara. Tenía que mostrarse dócil y hacer lo que le dijeran, pero no confesar nuestra verdadera identidad. Podíamos parecer niños cualquiera, o incluso niños perturbados, pero nosotros éramos pequeños combatientes.



Edulp

Cuando ocurre "Lo Peor", la protagonista y su hermanito pasan a vivir con sus tíos y sus abuelas. Con inteligencia, con dolor, con astucia y con un desmesurado sentido de la responsabilidad, desarrollan el arte de camuflarse y disimular, única estrategia posible para esperar el regreso de sus padres o el momento oportuno para hacer la Revolución. En el duro camino de aceptación de lo irremediable, comprenderán que están viviendo un "para siempre" y no un "mientras tanto", y que hay historias que, aunque terminen mal, pueden tener un final feliz.

Pequeños combatientes es un relato conmovedor que revisa la militancia de los años setenta y los trágicos años de la dictadura, desde la mirada lxs niñxs y la vida cotidiana de quienes sufrieron el terrorismo de Estado. Raquel Robles, la autora de Perder (Premio Clarín de Novela), Hasta que mueras, Papá ha muerto, La política del detalle (editada por EDULP), entre otras obras; transforma la experiencia vivida en literatura, en palabras en las que caben la ternura, la incredulidad, el amor, el miedo y la compasión.

